

CIENTO CINCUENTA AÑOS DE

Meyer-Amschel Rothschild,
descendiente
de una vieja familia
de comerciantes,
fundó la dinastía
de banqueros Rothschild
que hoy se
encuentra dividida
en dos ramas:
la francesa y la inglesa.
El escudo de la dinastía
tiene por lema
«concordia, industria,
integritas».



COMO SE LLEGA A SER

ROTHSCHILD

EN una cartulina muy digna, con un sello al dorso para la respuesta, se lee: «El señor... asistirá (no asistirá) a la conferencia de prensa convocada por el barón Guy de Rothschild el miércoles 26 de abril, a las once de la mañana, en la rue Laffitte, 21».

Los banqueros no suelen tener la costumbre de convocar a los periodistas para contarles su vida. No hay nada en común entre un Rothschild y una starlette, entre Guy, jefe de la familia, Alain y Elie —los compañeros de la finanza— y los Compañeros de la Canción. El número 21 de la rue Laffitte, en la capital francesa, ha sido siempre la casa de los misterios, conocida solo por los iniciados. Pero actualmente los Rothschild están «dans le vent»; es su 150 aniversario o, al menos, el de su establecimiento oficial en París. Los periódicos hablan constantemente de Rothschild. Dos libros recientes dedicados a ellos se venden como si fueran tebeos. Uno de esos libros es muy serio: «Los Rothschild», por Jean Bouvier. El otro es más anecdótico: «Los



Rothschild», también, por Frédéric Morton.

Hemos buscado en estos dos libros «cómo se llega a ser Rothschild». Cómo es posible soportar (incluso si se trata de varios hermanos y varias generaciones) el agobiador mito de encarnar las finanzas, el innoble y aparatoso dinero, el envidiado y odiado poder que proporcionan los bienes de este mundo. Nos detuvimos antes de llegar a la época actual de los René Mayer y los Pompidou; lo que nos interesaba era la epopeya, los tiempos heroicos de los corsarios del oro, cuando el arte brutal y sórdido de engordar con el trabajo ajeno no estaba, como en la actualidad, institucionalizado y codificado. Una bella y sucia historia de argucias, de golpes bajos y de «quitate para que yo me ponga»: la de un puñado de parias convertidos en superhombres, que han hecho la historia sin ponerse guantes.

En 1775, Meyer-Amschel Rothschild —es decir, de la casa del escudo rojo, ya que los judíos del ghetto de Francfort no tenían apenas nombre propio— quedó huérfano. Fue enviado por caridad **SIGUE**



James Rothschild, a los 19 años, engañó a Napoleón.



Salomón, decisivo para el general Wellington.



Nathan, barón de Rothschild, tercer hijo de Mayer.

a aprender cualquier cosa a casa de unos parientes ricos, los Oppenheim. Tenía doce años. De vuelta a casa, Meyer-Amschel empezó a traficar con antiguallas y, particularmente, con monedas antiguas. Consiguió hacer algunas amistades útiles, entre ellas las de un tal Buderus, hombre de confianza del príncipe de Hesse, Guillermo IX. Este riquísimo soberano tenía buenos y robustos soldados que vendía a Inglaterra para que guerrearan contra las colonias americanas sublevadas, y si los muertos eran abundantes, tanto mejor, ya que el príncipe recibía una indemnización de tanto por cabeza. Con sus

primeros ahorros, Meyer-Amschel empezó a descontar las letras inglesas del príncipe, y éste fue el principio de la bola de nieve. También se ocupó de hacer inversiones, aconsejado por el interesantísimo Buderus, y muy pronto se encontró en disposición de importar productos manufacturados ingleses para distribuirlos en Alemania.

Llegaron la Revolución francesa y la intervención extranjera. Naturalmente, en tanto que judío de la corte y hombre de negocios del Antiguo Régimen, Meyer-Amschel se encontró en el campo de la contra-revolución. El primero de los grandes Rothschild vendió

de todo a todo el mundo: forraje, vino, paño para las tropas; se movió entre Hoche y Blucher, entre Bonaparte y Wellington. Prestó a los príncipes e hizo con las letras y las tarjetas de crédito escamoteos vertiginosos.

En 1793, Custine ocupó Francfort. Guillermo IX de Hesse hizo un pequeño esfuerzo y entregó de una vez seis mil mercenarios a Inglaterra. No siendo la suerte de las armas favorables a los miembros de la coalición, Guillermo se hizo neutral antes de ser obligado a huir de su principado. Meyer-Amschel, apoyado por Buderus, se encargó de sus negocios y el tráfico con Inglaterra se intensificó.



Fernando VII jura la Constitución de 1812. En 1823, el dinero de los Rothschild financia la expedición de los Cien Mil Hijos de San Luis que aplastaron a los liberales españoles en una de sus coyunturas.



Wellington, por Goya. Sus victorias sobre Napoleón le debieron mucho al oro de los Rothschild.



Barón James de Rothschild, nacido en París en 1896.

Pero resultaba repugnante el ver a los corredores ingleses enriquecerse con las letras del príncipe: Meyer-Amschel envió allí a su hijo Nathan, para que todo quedara en la familia. Situar al primogénito al otro lado del Canal de la Mancha era una costumbre de la época: así comenzó la rama inglesa de los Rothschild.

Meyer-Amschel y sus hijos dieron su medida con las guerras napoleónicas. Nathan, en Inglaterra; Salomón y James, en Francia; Charles y Anselme, en Europa Central hicieron contrabando y organizaron un doble juego. Era normal: el bloqueo continental obstaculizaba el comercio, y entonces se pasaba a través de él. En 1800, Meyer-Amschel se convirtió en uno de los judíos más afortunados de Francfort. Hizo fructificar en su provecho los bienes de Guillermo, y los «correos Rothschild» —coches rápidos llenos de compartimentos secretos— surcaban los caminos. A pesar del bloqueo, las mercancías inglesas compradas por Natham eran importadas no sólo por Escandinavia, sino también por Francia, y con doble beneficio.

Es también la época del primer préstamo Rothschild realizado a un Estado soberano: Dinamarca. La familia coquetea a la vez con los antifranceses y con los aliados del Imperio. La policía imperial lo sabe pero, a un cierto nivel las finanzas desafían a la ley. En el caos, los Rothschild siguen siendo objetivos, eficaces y fríos. Es difícil encontrar algo que pudiera reprocharles su conciencia. Meyer-Amschel continúa expidiendo a Inglaterra los capitales del príncipe de Hesse. Antes de invertirlos, Nathan los mueve un poco por su propia cuenta. Es posible que Guillermo proteste; no importa, está lejos.

Llega la crisis de Inglaterra, y la moneda, agotada por la guerra, escasea. Nathan arrambla con todo lo que puede y lo envía a Francia en barcos corsarios, los «smug.

SIGUE



ROTHSCHILD

Edmond de Rothschild, primo del actual barón, con uno de sus perros en Inchmery House, Exbury, Hampshire.



La baronesa de Rothschild, posando en un salón barroco, decorado por su propio marido. A sus pies se encuentra un imperio financiero con ciento cincuenta años.

glers». Naturalmente, Napoleón y su ministro Mollien están de acuerdo, pero lo que no saben es que estos manejos financieros que tanto agradan al emperador, a través de Salomón, Charles y James, llegan a España para Wellington, que necesita subsidios. Esta vez son los ingleses los que están de acuerdo. Así pues, en uno y otro campo, los Rothschild son felicitados y protegidos. Los beneficios de cada operación son proporcionales al riesgo corrido. James, que ha engañado a Napoleón, tiene exactamente diecinueve años.

Más tarde, y siempre mediando comisiones formidables, todo el oro que Inglaterra envía a sus aliados pasa por la filial Rothschild, y al mismo tiempo la familia paga los gastos de las tropas de ocupación. Los Cien Días atemorizan a todo el mundo, pero —el telégrafo no existía aún— el sistema de los correos Rothschild es impecable, siempre tienen barcos preparados. En Londres, Nathan se entera de la victoria de Waterloo antes que el Gobierno. Vende sus títulos, hace bajar las cotizaciones y luego compró todo. Había que ver la cara de la City al día siguiente por la mañana. La

paz vuelve. Meyer-Amschel ha muerto. En Santa Elena, Napoleón se da cuenta de que era más fuerte en cañones que en dinero.

Los Rothschild siguen en el campo de la contrarrevolución, que es el del Orden. Su sistema se organiza. Un hermano en Francfort, un hermano en Viena, un hermano en París, un hermano en Londres, un hermano en Nápoles. El cosmopolitismo de la alta banca es normal: es una réplica del cosmopolitismo de los negocios. La banca es anónima, y sólo trabaja para ella o para algunos clientes muy importantes. No importa. Los Rothschild aparecen como los «banqueros típicos de los tiempos nuevos», y sus contemporáneos se asombran de la amplitud de su triunfo en el dominio de los bienes muebles cuando la tierra no ha perdido su prestigio de valor patrón.

Hay que reconocer que durante el período que estamos considerando, los Rothschild se han comportado como salteadores de caminos, con la única diferencia de que eran infinitamente más feroces. No eran los únicos: las otras dinastías financieras de la burguesía

—cristianas, protestantes o judías—, hicieron lo mismo, o al menos lo intentaron. La agilidad sin escrúpulos de la familia es la consecuencia de las prohibiciones draconianas que vedaban, prácticamente, a los habitantes del ghetto cualquier actividad lucrativa que no fuera el comercio del dinero. Pero todavía hay más: enriquecerse representaba para un Meyer-Amschel lo mismo que hacerse boxeador para el hijo de un minero del Norte. El único medio de salir adelante. Obligados por el ambiente, los Rothschild se hicieron corsarios. No tenían nada ni nadie por quién preocuparse, y lo demostraron claramente. Después de todo, Metternich, canciller de Austria, hacía negocios a medias con Salomon Rothschild. Y no era el único.

El congreso de Aix-la-Chapelle, en 1818, es la consagración político-financiera de la primera generación de los Rothschild. En él compran al secretario particular de Metternich, Gentz, y especulan con el propio canciller. Se convierten en los banqueros de la Santa Alianza. Ya han hecho bonitas jugadas con la deuda de guerra francesa, sete-

cientos millones... Los Rothschild se han hecho expertos en jugar rápidamente y bien con los tesoros que los países les confían, mediante comisión. En Inglaterra, Nathan cobra su —o sus— diezmos sobre cada negocio gigantesco. Los Rothschild hacen que se presten cinco millones de libras a Prusia. En 1820, Salomon hace entrar 20 millones en las arcas vacías del tesoro austríaco, por los cuales deberá devolverle ¡36! Se murmura, y con toda razón, que el ministro de Hacienda se ha dejado comprar.

Sólo hay una sombra en este cuadro idílico del provecho total del saqueo de las naciones con la complicidad de sus pastores: el pueblo que se remueve. Charles se irá a Nápoles con las tropas austríacas por él financiadas para restablecer el orden, y regresará con un hermoso «préstamo napolitano».

La divisa, atribuida oficialmente a los cinco barones, es: "Concordia, Integritas, Industria". Nathan logra interponerse entre Wellington y Metternich para aligerar la deuda espectacular de Austria, y lo logra. De paso, se queda con 600.000 libras de comisión, en agradecimiento a sus buenos oficios. Ya lo dice la divisa: «Concordia et Integritas».

A veces, el flujo y reflujo de los Estados plantea delicados problemas de sincronización. Por ejemplo, en 1823, James financia la expedición francesa que restablecería el orden aplastando a los liberales españoles. Fernando VII recupera su trono, pero los Rothschild le niegan su crédito. No hay que disgustar a las colonias de América del Sur que luchan por su independencia. ¿Por moral política? No, sino porque se les ha hecho un préstamo. En París, James realiza operaciones colosales con el ministro Villèle, el De Vaize de Stendahl, 5.400.000 francos de la época de una sola vez. ¿Innoble? Sí. Así se ha hecho Francia. Después resulta fácil taparse la nariz.

Todos los años el capital de la banca de Francfort y de sus sucursales europeas es dividido entre los cinco hermanos y los cinco países, según los resultados y los méritos. En 1815, los Rothschild tenían, familiar y fraternalmente, 3.300.000 francos de capital. Trece años después tienen 118.000.000 y la calderilla. Y con esto termina la edad de oro de los Rothschild. Entendámonos: van a seguir creciendo y multiplicándose hasta nuestros días y quizá más allá. Pero los tiempos han cambiado, y los Rothschild, que pescaban tan genialmente en aguas revueltas, van a buscar de ahora en adelante la paz y la tranquilidad que proporciona la renta. Todo está calculado: cotizaciones a 75 por 100, en caso de paz, y a 45 por 100 en caso de guerra. Y sin ninguna vacilación, porque el hombre de confianza es Casimir Périer. En 1830, James escribe a Salomon: «Tengo seguridad gracias a Périer, puesto que, si la guerra estallara, perdería todas sus fábricas y sus bienes. Por esto creo en la paz».

Los Rothschild tendrán que pasar por otras pruebas: contra las ideas saint-simonianas y prematuras de los hermanos Péreire, las sociedades anónimas y la avaricia de los rivales. Pero esto ya es otra historia: ¿cómo se sigue siendo Rothschild? ¿Y hasta cuándo?

JEAN-FRANÇOIS HELD

(Fotos: ZARDOYA, EUROPA PRESS y ARCHIVO)



Bina de Rothschild, vestida para la fiesta celebrada con motivo del film «My Fair Lady», representando el papel de reina de Transilvania. El conjunto valió mil dólares.